

Hablemos sobre la Conciencia.

Cuando se pretende abordar el tema sobre la conciencia, brotan de inmediato los siguientes cuestionamientos: ¿Qué es la conciencia? ¿Cuál es su origen? ¿Cuál su proceso evolutivo? ¿Hacia adónde se dirige? ¿Cuál es su sentido y su significado en el proceso evolutivo del Cosmos? Las respuestas son innumerables, han sido abordadas en el correr de los siglos por las tradiciones espirituales milenarias, los pensadores de la antigua Grecia, las ciencias físicas, las ciencias humanas, las ciencias naturales, las ciencias sociales y aún las llamadas ciencias ocultas, entendidas éstas como aquellas cuyos principios resultan inaccesibles a la experimentación científica.

El tema sobre la conciencia y su evolución se ha convertido no sólo en materia de un profundo interés personal sino en una verdadera pasión, por considerar que la respuesta a estas cuestiones tan antiguas como controversiales, constituye el faro iluminador de nuestra concepción del universo y del hombre. A pesar de que el sinnúmero de propuestas teóricas, datos e información que existen sobre esta materia y, en la consciencia de que la multiplicación creciente de las disciplinas, las especializaciones, las investigaciones y las teorías nos impiden llegar a abarcar a profundidad todos los aspectos que un tema de esta naturaleza implica, consideramos que resulta imprescindible tratar de responder a los cuestionamientos antes planteados con la finalidad de contar con una armazón firme que nos permita, más adelante, describir el proceso de desarrollo de la conciencia que fundamenta la propuesta evolutiva que aquí se plantea.

El primer problema que hay que enfrentar es tratar de responder a la pregunta qué es la conciencia, por la gama tan amplia de contextos y escenarios desde la cual ésta puede ser abordada, así como porque cada uno de estos contiene una parte de verdad sobre su descripción, sentido y significado. Desde la perspectiva atomista y materialista de principios del siglo XIX, la conciencia ha sido explicada como un objeto con existencia real, independiente e individual, a la que se le atribuyen características tales como: sensaciones, pensamientos, imágenes, emociones, ideas y deseos que, a su vez, constituyen la base de todo conocimiento. Es decir, se considera que la conciencia es un elemento estático o un receptáculo inmóvil que se llena de impresiones externas que, al asociarse, dan lugar a las percepciones, imágenes, recuerdos y pensamientos. Así contemplada, ésta opera como un espejo que refleja la realidad fielmente, tal y como lo plantea el realismo natural o bien, que la refleja de una manera distorsionada, como lo propone el realismo crítico. Desde esta visión corporalista también se plantea que la conciencia consiste en una propiedad de la materia, en este caso del cerebro, siendo ésta la que permite distinguir al hombre del animal, el primero se califica como un ser consciente, a diferencia del segundo que, por ser predominantemente instintivo, carece de conciencia. En este caso, el término se emplea como adjetivo calificador, concibiendo a la conciencia como un simple atributo abstracto de la materia gris. En este mismo sentido esta palabra se emplea para calificar actos y comportamientos humanos que indican que el

hombre es consciente o tiene conciencia de algo. Por ejemplo cuando se dice: José actuó con plena consciencia de lo que hacía” o “la conducta presentada por Juana fue abiertamente inconsciente”.

En el mundo de la física, cuando se llega al hallazgo del átomo, la ciencia creyó haber llegado a descubrir lo indivisible, es decir, aquello que no puede dividirse, que no puede cortarse. Sin embargo, futuros descubrimientos en este campo, muy especialmente los que se refieren a la mecánica cuántica, esa rama de la física que se ocupa de las “cantidades” mínimas de materia y energía¹, nos demuestran que el átomo es un compuesto divisible y que al interior de éste se encuentra un sinnúmero de elementos a los que se ha dado el nombre de electrones. Asimismo, se descubre que “los resultados de un experimento concreto ya no parecen depender únicamente de las leyes del mundo físico sino también de la conciencia del observador”². Es decir, la conciencia humana produce un efecto incluso sobre algo tan infinitamente pequeño como lo es una subpartícula atómica. Por consiguiente, el ser humano no observa sino que participa en el mundo físico en el que existen todas las realidades posibles. Esto nos lleva a preguntarnos ¿en dónde está la materia? Y la respuesta no puede ser otra que: en todas partes, penetrando todas las cosas, todos los espacios aquí entre nosotros. De la misma manera que el espíritu penetra a la materia física, como lo proponen Teilhard y Wilber, la conciencia interpenetra a todas las cosas, se encuentra al interior de cada átomo, de cada molécula, de toda célula, desde la más sutil a la más densa. Desde esta perspectiva, la conciencia no puede ser explicada como un objeto independiente e individual o como un receptáculo estático de percepciones y experiencias, por el simple hecho de que no obedece a las mismas leyes que rigen al mundo de la física clásica. Es decir, no se contrae con el frío, no se dilata con el calor ni se derrumba por el efecto de la ley de la gravedad porque corresponde a una distinta índole de vibraciones y por lo tanto a otra clase de leyes. El estudio del complejo fenómeno humano, de su conciencia, no tiene límites, “... sólo hay un flujo y un cambio continuos, a medida que los viejos sistemas que van quedando englobados dentro de una jerarquía que se ensancha cada vez más”³.

Si se continúa el proceso evolutivo del pensamiento humano a lo largo de la historia, nos encontramos que, en el amanecer del siglo XX, la corriente fenomenológica husserliana, marca una etapa de gran importancia en el estudio de la conciencia. Influenciado Husserl por el pensamiento de Franz Brentano, imprime a la conciencia el carácter intencional, otorgándole con esto no sólo la capacidad de la introspección sino, de la elección a partir de la reflexión. Asimismo, aborda el tema de la naturaleza de los fenómenos psíquicos a los que se refiere como “vivencias intencionales”, sosteniendo que la intencionalidad define la esencia misma de la conciencia que, desde su óptica, presenta dos modos o modalidades de percepción. Estos son: (a) la percepción inmanente que

¹ Talbot, M. 1990.

² Ibid. p. 12.

³ Ibid. p. 14.

es aquella que tiene por objeto las vivencias mismas, tales como el pensar, el recordar, el desear, etcétera, y que se relaciona estrechamente con el *cogito* cartesiano que declara “pienso, luego existo” es decir, razono, recuerdo, deseo, intuyo, siento..., luego, estoy vivo, soy, y (b) la percepción trascendente que se refiere a la tendencia de la conciencia hacia la relación con un objeto que se encuentra más allá de sí misma, es decir, con un *algo* que no es la conciencia y a la que ésta se dirige con el fin de significarla e identificarla con aquello que no se agota en sí mismo. En pocas palabras, desde el pensamiento husserliano, la conciencia es intencionalidad y la intencionalidad es la relación con un objeto trascendente. La inclusión de la intencionalidad como fenómeno perteneciente a la conciencia trasciende la visión de ésta como un simple recipiente estático, para concebirla como el principio creador de la realidad que, al mismo tiempo, manifiesta y revela inmediatamente tal realidad al interior del hombre. El término intencionalidad, en este contexto, implica que toda acción psíquica apunta siempre a un objeto distinto con el cual la conciencia se relaciona. El significado que el término conciencia cobra a partir de esta nueva óptica, crea un puente entre la acepción común que considera a la conciencia solamente como el conocimiento que el ser humano alcanza de sus propias percepciones, ideas, sentimientos, voliciones, etc., y la visión filosófica moderna de la conciencia, que la contempla como la relación intrínseca al ser interior, al ser espiritual del hombre a través de la cual éste se conoce y se juzga a sí mismo. Desde esta perspectiva la conciencia se define como una esfera de la interioridad, una dimensión humana de naturaleza superior que se abre a una búsqueda que va más allá de la realidad a la que se accede por medio de los contenidos psíquicos, para dirigirse a la realidad última: el Principio Divino.

La visión husserliana de la conciencia es rebatida por el pensamiento heideggeriano, así como el naturalismo instrumentalista y el positivismo lógico representado por Dewey y Ryle que, entre otros, niegan la tesis de la interioridad de la conciencia, es decir, de la introspección a favor del conocimiento de sí, afirmando que este conjunto de enunciados se encuentra privado de sentido por el simple hecho de que no puede ser comprobado empíricamente. Esto significa que, al no encontrarse la conciencia ligada a la introspección -a la reflexión sobre el sí mismo- ésta se reduce al conocimiento funcional, en otros términos, al surgimiento de ideas y guías que se dirigen hacia una situación determinada. Esta visión trae consigo una serie de dudas, inquietudes, problemas, oposiciones y creencias o sistemas de creencias que han dado origen -a partir de Descartes- a la formación de técnicas y métodos de control y de verificación en diversos campos de investigación, así como a la desconfianza ante todo aquello que no sea producto de la verdad revelada por la ciencia empírica y la total renuncia a comprender al ser humano en toda su complejidad. En este sentido, como dice Arthur Koestler⁴, los behavioristas y sus aliados, están capitaneando propuestas contemporáneas en el sentido de que la conciencia, como tal, no merece ser estudiada por la comunidad científica.

⁴ Koestler, A. 1967.

Desde esta perspectiva, Garza Galindo se pregunta ¿Cuál ha sido la actitud de los investigadores con relación a estos planos o mundos que conforman la naturaleza humana? a lo que responde diciendo: que el físico, el hombre materialista se dedica a estudiar las sustancias físicas, las positivas, considerando como tales las que caen bajo el dominio de la materia tangible. Otro grupo de investigadores asumen cualquiera de estas dos actitudes: cuando se trata de lo superfísico, de lo sobrenatural -como ellos denominan a lo que no obedece a las leyes del mundo físico- las consideran ya sea como fantasías de la mente sobre las que no vale la pena ocuparse, o de una manera categórica y con aire de absoluta suficiencia niegan rotundamente su veracidad. Ésta es la actitud más común, la actitud del escéptico, la que considera como locos a los que se dedican a la investigación de estas verdades. Hay, finalmente, otra actitud: la de aquellos que, impresionados quizás porque han sentido en su interior algo que para ellos es inexplicable o porque han vislumbrado la verdad por medio de procedimientos que van más allá de la física clásica, pero que no se sienten con capacidad para abordar estos estudios dicen: estos son misterios. “¿Pero qué es el misterio si no la sombra que la ignorancia arroja sobre la Naturaleza? Es verdad, que si bien nosotros no debemos aceptar algo sólo porque alguien lo afirme, tampoco podemos negar, nada más por negar, lo que otros afirman. ¿Cuál es la verdad, cuál es el justo medio? Aceptar como hipótesis lo que otros han investigado y sobre esa hipótesis, tomarnos el trabajo de investigar si existe la verdad, si no existe, aquella hipótesis habrá caído y debemos desecharla. Pero si por el contrario ésta se puede comprobar, tendremos que decir: si este es un esquema general que se me presenta, si esta es la forma que los demás nos ofrecen para explicarnos lo que para nosotros es inexplicable y que, como en el caso de la mecánica cuántica pueden ser ahora comprobados ¿por qué no aceptar que otras tantas bien pueden ser comprobadas con el tiempo? La apertura es la clave de la evolución del pensamiento”⁵.

Como ya se ha mencionado anteriormente, el cambio de un universo estático a un cosmos en génesis deja atrás la concepción de un universo construido por entidades independientes para concebirlo como un tejido dinámico de acontecimientos que se correlacionan en una urdimbre universal. Esta nueva visión del cosmos da origen a un concepto holográfico de la conciencia. Como es sabido, el holograma es un tipo de imagen transparente, creada con la ayuda del rayo láser, en la que el contenido es tridimensional en el que, si se ladea la imagen de un lado a otro, se puede observar todas las partes que la conforman. Por ejemplo, si se tiene el holograma de un caracol, al ladear la placa hacia un lado, puede verse la parte de atrás de éste. Pero hay algo más enigmático en un holograma y es que si se parte la placa en dos, cinco, doce o cincuenta pedazos, en cada uno de estos aparecerá la imagen completa del caracol. En otras palabras, este no se fragmenta sino que en cada una de sus partes aparece la imagen completa. Por consiguiente, la visión holográfica de la conciencia implica que ésta no puede ser vista como un rompecabezas en el que al aislarse sus piezas éstas pueden ser consideradas separadamente del cuadro en su totalidad

⁵ Garza Galindo. 1919. P. 30.

sino como un holograma en el que la conciencia aparece como una unidad indivisible en cada una de las partes en las que se ha pretendido dividir. Así contemplada la conciencia constituye un continuum en el que materia, mente, conciencia y universo conforman una totalidad multidimensional o, en otras palabras, campos dentro de campos, dentro de campos, dentro de campos...

A partir de esta visión panorámica y, por tanto, limitada sobre algunas de las explicaciones relacionadas con la conciencia se puede observar que ésta ha sido interpretada y descrita con base en distintas concepciones cosmológicas, antropofilosóficas, psicológicas y aún sociológicas del paradigma científico vigente en su momento. El problema no se centra en las diferencias disciplinares, sino en el dogmatismo de las distintas ciencias y disciplinas que proclaman ser, cada una de ellas, la poseedora de la verdad total. Si bien es cierto que la conciencia constituye un receptáculo de los estímulos, los datos y la información que recibe del exterior, como lo plantea la corriente materialista, no podemos quedarnos con una definición que la limita a ser un espejo que refleja -fiel o distorsionadamente- la realidad que percibe, aceptar esta definición implica negar la capacidad de introspección, de reflexión, de discernimiento y de totalidad propios de la conciencia humana. Asimismo, es un hecho cotidiano el uso del término conciencia para calificar las conductas y actitudes humanas y diferenciarlas de los comportamientos instintivos (no conscientes) de los animales. Sin embargo, tampoco podemos quedarnos con esa definición si partimos de la visión de cosmogénesis y antropogénesis de Teilhard, quien sostiene que la conciencia se encuentra en el contexto del devenir y el progreso de la historia universal. Esto significa que al encontrarse la conciencia situada en el tiempo, ésta hace su aparición con las primeras formas de vida que, a lo largo del proceso evolutivo, se despliegan bajo la ley de la complejidad-centración-conciencia, apuntando siempre hacia un fin: la coherencia total del universo. Por lo tanto, no es posible considerar a la conciencia como un atributo del cerebro humano. Desde esta óptica, la diferencia que existe entre los grados de conciencia de los organismos vivos en general y la conciencia humana es la capacidad de introspección, reflexión, intencionalidad y discernimiento de esta última. La propuesta naturalista, instrumentalista y positivista también presenta una verdad parcial. No es posible negar que, desde esta perspectiva, no se puede llegar a conocer, medir y verificar la interioridad de la conciencia. Sin embargo, la limitación clara de los procedimientos metodológicos cuantitativos propios de estas corrientes, de ninguna manera significa que la interioridad de la conciencia sea una fantasía y que el conjunto de enunciados que sostienen su existencia se encuentren privados de sentido por el simple hecho de que no puedan ser comprobados empíricamente.

La conclusión que se desprende de lo anteriormente expuesto, es que toda definición es parcial debido a que, al limitar al objeto de estudio a un campo específico y bajo la luz del paradigma científico que se privilegia en el momento, se cierran las puertas a otras posibilidades. Si analizamos, por ejemplo, la definición positivista de la naturaleza humana, como una estructura dual psico-fisiológica, se observa que ésta deja fuera toda posibilidad de reconocer la

existencia de la dimensión espiritual o noética, que tanto Teilhard como Wilber proponen y explican como el elemento superior, o centro en el que se integran las dimensiones biológica, psicológica y social del hombre. A juicio personal, definir de este modo a la conciencia humana, implica reducirla a su mínima expresión, negando su posibilidad de acceder a niveles superiores en lo que se refiere a mayor inclusividad, mayor complejidad, mayor organización, mayor centración y, por ende, mayor consciencia, así como perpetuando la idea ancestral de la polaridad materia-espíritu, a la que Teilhard se refiere como inexistente cuando afirma que Espíritu y Materia constituyen las dos caras de una misma moneda. Desde la perspectiva teilhardiana la materia -observada en su conjunto- revela tres características o propiedades fundamentales: (a) constituye un sistema plural y tangible, en el que la multitud de elementos del cosmos se encuentra entretejidos con los demás en una red total, un tejido imposible de romper, ya que de aislarse un sólo hilo de su urdimbre, la trama entera se deshilaría, (b) en esta red total nunca se repiten las combinaciones, es decir, "... no existe una reproducción del mismo motivo, ni siquiera a escala diferente"⁶, por lo que el orden y el dibujo se aprecian solamente en su conjunto. Esto hace que la materia, por intermediación de la ley de centro-complejidad-conciencia, constituya la base de la Trama del Universo y se constituya estructuralmente como un todo: el universo mismo, y (c) la energía traducida como fuerza o dinamismo motor que se manifiesta a partir de centros físico-químicos, biológicos y psíquicos, constituye fundamentalmente la urdimbre de un universo que se encuentra en proceso evolutivo. De esta visión holográfica del universo se desprende que el espíritu, al Teilhard define como el principio de unión que permite la sublimación de lo múltiple, se constituya como el polo superior de la materia en camino de centro-complejificación. En el espíritu, se sintetizan, se ligan y se religan entre sí todos los elementos constitutivos del mundo que, a través de un proceso difícil y, "... mediante tanteos y fracasos interminables, se concentra la potencia de unidad difundida en lo Múltiple universal: el Espíritu que nace en el seno y en función de la Materia"⁷. A partir de esta óptica, Teilhard exclama: "No hay en el Mundo ni Espíritu ni Materia: la 'Trama del Universo' es el *Espíritu-Materia*.. Ninguna otra sustancia, aparte de ésta, podría producir la molécula humana"⁸.

Desde esta perspectiva, se deduce que si la materia y la conciencia se pueden concebir no como elementos aislados sino como una totalidad no fragmentada, se comprenderá entonces que sin las funciones de una y otra no es posible llegar a escuchar la Sinfonía del Universo. Para gozar de esta sinfonía se requiere de instrumentos de cuerda, de viento y percusiones (materia corporal, biosfera) y de seres conscientes y sensibles que hagan salir de estos las notas (mente, noosfera), así como del poder de síntesis, de unión y de sublimación del espíritu (teosfera) que otorga a éstas un sentido de movimiento, de flujo, de continuidad, de unidad y de armonía sin los cuales no se puede crear una sinfonía.

⁶ Teilhard. 1965. p. 59.

⁷ Teilhard. 1967c. p. 62.

⁸ Teilhard. 1967e . p.64.

En este rápido y limitado recorrido histórico que nos presenta diversas posturas en relación a la conciencia, se concluye que tratar de responder a la pregunta inicial ¿qué es la conciencia? se convierte en un dilema, debido a que implica pretender definir algo que, a juicio personal, es indefinible. Toda definición etiqueta y circunscribe al objeto que se pretende explicar. Es decir, significa permanecer atado a una concepción dual de la realidad que no permite visualizar a la conciencia desde una perspectiva universal que implica, no sólo la integración de la biosfera, la fisiosfera y la noosfera, sino de la trascendencia hacia aquello que aún no se encuentra realizado en el universo al que Teilhard de Chardin se refiere como: Punto Omega, núcleo personal de convergencia en el que el Universo se refleja y en el que se resuelve el misterio de lo Uno y de lo múltiple.

Las diversas interpretaciones sobre la conciencia han traído consigo una serie de problemas en lo que se refiere a cómo determinar si ésta es una entidad que se contiene a sí misma, o si se trata tan sólo de un objeto del sujeto. En ambos casos, estos postulados constituyen un problema para la psicología en lo que se refiere a cómo establecer la conexión que existe entre cerebro y cuerpo, entre conciencia y mente o entre sujeto y objeto, entre la materia y el espíritu. La psicología convencional ha llegado a explicar la conciencia como la propiedad o facultad del espíritu humano a través de la cual es capaz de reconocerse a sí mismo en sus atributos esenciales y características personales, así como en todas aquellas modificaciones que experimenta⁹. Esto significa que la conciencia no es una entidad que se contiene a sí misma, sino una facultad propia de una entidad a la cual se refiere como el "espíritu humano". Este atributo del espíritu humano es el que permite al individuo reconocerse como tal, con sus características, propiedades, experiencias y cambios. Desde esta perspectiva, la conciencia se desdobra en tres sentidos: la conciencia pre-reflexiva, la conciencia reflexiva y la conciencia intencional.

- **Conciencia pre-reflexiva** o conciencia empírica de sí, consiste en la experiencia inmediata que el sujeto tiene de sí mismo y de sus contenidos o representaciones: imágenes, sensaciones, deseos, impulsos, sentimientos, tendencias, etcétera. En otros términos, es la experiencia directa, la percepción inmediata acompañada de conciencia, más no por ello de la facultad para reflexionar. Esta se equipara a la apercepción simple o natural propia de todos los organismos vivos.
- **Conciencia reflexiva** corresponde a la cogitación que el sujeto lleva a cabo sobre su propio yo (ser) y sobre los modos particulares a través de los cuales se pone en relación con los objetos. Esta forma incluye los diversos modos de percepción, entre los que se encuentran: la imaginación, el pensamiento, la razón y la lógica. Este es el sentido epistemológico de la conciencia a través del cual el sujeto logra solidez y firmeza de su conocimiento a través de la reflexión y el discernimiento, determinando así las posibilidades, significados y validez de sus contenidos, en tanto que

⁹ Diccionario Enciclopédico Quillet, 1960, Tomo III, pp. 6-7.

estos representan la naturaleza y las relaciones de aquello que es real. Por lo tanto, al hablar de conciencia reflexiva se define ésta como equivalente a la relación sujeto-objeto, es decir, la relación de la conciencia con el objeto-consciente.

- **Conciencia intencional** es aquella que lleva a cabo la relación del yo con los objetos a los cuales se refiere. A través de ésta, el sujeto aprehende o capta los objetos haciéndolos suyos de un modo particular.

A partir de esta concepción, la conciencia se concibe como la capacidad de darse cuenta de sensaciones, pensamientos, sentimientos, ideas y experiencias, así como de la realidad circundante. Constituye un todo orgánico al que se conoce como *self* o si mismo, en el que se encuentra todo aquello que el individuo percibe, organiza y simboliza. Entre las características que el enfoque humanista propone como propias de la conciencia individual se encuentran:

- **Individualidad.** La individualidad de la conciencia radica en el hecho de que cada ser humano, en su singularidad y peculiaridad, percibe la realidad a partir de sus necesidades, motivaciones, experiencias internas subjetivas, estado anímico e historia de vida y, con base en ésta, construye su propia conciencia, debido a que ésta se forma tanto a través de la visión particular que se tiene del mundo, como de la representación simbólica de la propia experiencia. En lenguaje metafórico se puede decir que, a escultores distintos, obras de arte diferentes de la misma piedra, mundos distintos del mismo cosmos. Así contemplada la conciencia es una entre millones.
- **Selectividad.** Los seres humanos reciben y representan la información del mundo exterior a través de sus cinco sentidos: la gustación, la olfacción, la audición, la visión y la cinestesia (sensaciones táctiles, corporales, sentimientos y reacciones o respuestas viscerales) que, como receptores especializados, permiten la percepción de la realidad tanto interna como externa. Estos receptores se encuentran diseñados de tal manera, que filtran el enorme caudal de estímulos e información que llega del mundo exterior, reduciendo o limitando la percepción solamente a aquella información que en ese momento se requiere, convirtiéndose por tanto en sistemas selectores. Esto hace que la porción de realidad que se capta sea muy pequeña, si se toma en cuenta el bombardeo incesante de estímulos provenientes del exterior que, a su vez, provocan reacciones y estímulos internos. La natural limitación de la estructura bio-psicológica humana se ve protegida por la acción del encéfalo y el sistema nervioso, que al filtrar la información permite el paso únicamente de aquello que la persona es capaz de procesar.
- **Habitación.** La selección que se lleva a cabo a través de los filtros cerebrales, no sólo se ve influenciada por las necesidades e intereses, sino también por la familiaridad con los objetos o seres presentes. Se tiende a seleccionar aquellos objetos, palabras, figuras, símbolos o conceptos con

los cuales se está más familiarizado. Esto significa que la cultura, la educación, el lenguaje, los símbolos, las preferencias, las necesidades y los aprendizajes, influyen significativamente en la percepción. Por lo tanto, la realidad que cada individuo percibe no constituye la realidad total sino una realidad limitada que puede verse ampliada cuando se tiene la apertura suficiente para atender, escuchar y aceptar las realidades parciales de otras personas, enriqueciendo con éstas la propia. Es decir, integrando las diversas partes de un rompecabezas del cual cada uno tiene una pieza. El fenómeno de la habituación permite una sana distribución de la energía orgánica ya que ésta no tiene que ser desgastada en actividades cotidianas y rutinarias. La reserva de energía queda entonces para ser utilizada ante los nuevos estímulos que el medio ambiente proporciona constantemente, evitando que se caiga en una automatización absoluta, que conduce a una total inconsciencia.

- **Tendencia a completar las figuras.** Una característica más de la conciencia individual o conciencia del "yo" es la tendencia natural del hombre a completar las figuras que percibe. Observemos con atención las figuras que a continuación se presentan:

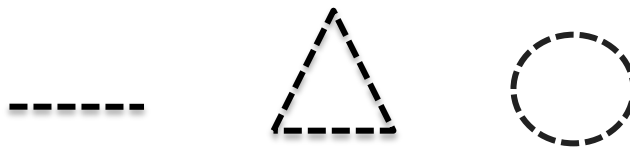


Fig. 2

Al preguntamos que es lo que vemos, con seguridad responderemos: "una línea, un triángulo y un círculo", cuando en realidad se trata solamente de puntos sobre una hoja en blanco. Esta tendencia a completar las figuras que se perciben se presenta en todo tipo de experiencias, no sólo en las visuales, sino en los mensajes escritos, orales, metafóricos y simbólicos, convirtiéndose en la principal fuente de conflicto debido a que, sin plena consciencia, se distorsionan los mensajes originales. Podríamos aventurarnos a decir que el origen de los conflictos humanos reside en esta tendencia a completar -con base en la propia percepción de la realidad- los mensajes que se reciben de otra persona o grupo de personas.

- **Linealidad.** La conciencia individual se rige por la causalidad de los hechos y se encuentra inmersa en una concepción lineal del tiempo (pasado, presente, futuro), en el que la duración de éste tiene un componente subjetivo individual muy importante. Es decir, las horas pasan de prisa cuando se viven momentos placenteros y desesperadamente lentas cuando se vive sufrimiento o dolor.

- **Finitud.** La conciencia individual desaparece con la muerte, debido a que su residencia se sitúa en las dimensiones biológica y psicológica de la naturaleza humana. Por lo tanto, ante la muerte física, esta forma de conciencia ubicada en un tiempo y un espacio limitado, y responsable de las funciones psíquicas tales como: sensaciones, emociones, sentimientos, pensamientos, recuerdos, deseos, intenciones y motivos, entre otras, mueren junto con el cuerpo físico que las alberga.

Desde la perspectiva teilhardiana, lo individual se entiende como el hecho de ser distinto de los demás centros que rodean al ser humano, tiende a acrecentar el ego a través de la separación y el aislamiento. Sin embargo, el ser humano, posee la capacidad de reflexión y de discernimiento que le permite descubrirse, conocerse, comprenderse y transformarse y, con ello, descubrir, conocer, comprender y transformar su entorno. Todo esto, gracias a la acción de la conciencia de sí mismo, que es la característica exclusiva y más importante de su humanidad. Por lo tanto, Teilhard propone la existencia de dos grandes etapas evolutivas, la primera, corresponde al centro bio-psíquico individual, en la que el individuo se reconoce y se acepta como un ser separado y distinto de los demás centros que lo circundan y, la segunda, aquella a la que Teilhard se refiere como “el proceso de interiorización progresiva en el corazón de cada individuo”¹⁰, caracterizándose por la unión entre lo individual y lo colectivo, y perfeccionándose mutuamente en un proceso continuo y convergente que transforma la conciencia individual en un centro espiritual de reflexión, de libertad y de amor, que emerge en el umbral definido de la evolución.

En esta segunda fase evolutiva, la conciencia se distingue no sólo por la capacidad de darse cuenta del ser que es, de su funcionamiento y de su interacción con el mundo sino que se contempla como una totalidad bio-psico-social armónica en la que se organiza, se simboliza y se integra el mundo que se percibe. Entre las características más relevantes de la conciencia este etapa se encuentran:

- **Intencionalidad.** El carácter de intencionalidad de la conciencia se consolida y se expande hacia terrenos que van más allá de los objetos, para incluir a las personas. En otras palabras, los seres humanos dejan de ser contemplados como objetos separados e independientes, para ser incluidos en el sí mismo a través del amor fraterno, la unión y la convergencia.
- **Introspección.** La conciencia personal se caracteriza por el cuestionamiento filosófico-existencial, la reflexión y el discernimiento que conduce a la consciencia de la finitud, a la búsqueda del sentido y del significado de la existencia, así como de la libertad responsable que, en palabras de Victor Frankl no puede ser otorgada, ni arrebatada por nadie.

¹⁰ Cuenot. 1970. p. 155.

- **Apertura al diálogo y al encuentro.** En este nivel, la conciencia permanece abierta al diálogo y al encuentro. Esto implica la trascendencia de las relaciones monológicas, la reducción de conductas defensivas y de actitudes egocéntricas, dogmáticas y demandantes, así como una disposición clara hacia el establecimiento de relaciones interpersonales que conducen al encuentro del yo con el tú y con el nosotros, bajo la luz de la aceptación positiva incondicional, la comprensión empática, la congruencia y la transparencia.
- **Personalización.** La conciencia personal integra y va más allá del ego corporal y del ego mental. Es decir, no solamente alcanza la síntesis biopsicológica, que integra a estas dos instancias de la personalidad sino que se expande hasta incluir los aspectos sociales de la naturaleza humana (dimensión organísmico-social). Esta integración permite reconocer y aceptar la propia sombra, dejando de depender de la utilización de mecanismos de defensa para mantener el equilibrio. Asimismo, al asumir con conciencia el carácter social de su propia naturaleza, se llega a la comprensión cabal del significado del compromiso libre y responsable que esto implica y se puede actuar en consecuencia.
- **Apertura a la experiencia y al cambio.** La apertura a la experiencia consiste en la capacidad para escuchar a la propia sabiduría organísmica, reconocerla, interpretarla, organizarla, simbolizarla e integrarla, iluminando este proceso a través de la reflexión y de los valores humanos. Esta capacidad conduce a la conciencia a la apertura al cambio, permitiéndole con ello continuar en un proceso de transformación hacia niveles más evolucionados de mayor complejidad, centración y conciencia. En otros términos, abre la posibilidad de saber más, de ser más y, como Teilhard lo expresa, “de completarse por medio de algo que lo sea todo”.

La integración de la conciencia individual a un plano más complejo, más centrado y, por ende, más consciente, permite al individuo conocer y comprender que lo más preciado de su ser va más allá de su individualidad. Corresponde a la fase a la que Teilhard se refiere como personalización, y conduce al establecimiento de una jerarquía valoral libremente asumida, abriéndose con ello una nueva puerta en el sendero de la autorrealización hacia el ámbito de lo que Wilber denomina los reinos sutiles y a los que Teilhard se refiere como lo ultrahumano, entendido este término como el estadio evolutivo de la humanidad que acompaña al descubrimiento del Centro Omega, al despertar a la verdadera esencia.

En su camino hacia la trascendencia la conciencia descubre la alegría de participar en la Sinfonía Cósmica en la que, desde la primera nota, todos los instrumentos se combinan como si fueran uno sólo. El ritmo, la cadencia, la disciplina, la creatividad, el dinamismo de una única orquesta es la expresión de espacios, de colores, de sombras y de luces integradas, de silencios, de encuentro, de entrega, de espiritualidad y de armonía que, bajo la batuta del Director del Universo, se eleva en una explosión de amor que despierta a la

presencia del Ser que nos trasciende. Vida y muerte, materia y espíritu, cielo y tierra, todo y nada se conjugan en un estallido único de amor trascendente. En otras palabras, como resultado del proceso evolutivo, la conciencia se expande de los reinos individuales autocéntricos, a los personales (alterocéntricos) y de éstos a los reinos sutiles (ultrahumanos), en los que la conciencia se transforma en testigo-observador tanto del sí mismo, self o conciencia personal, como del Ser Trascendente. Las características de esta forma de conciencia expandida que propone el humanismo transpersonal son las siguientes:

- **Percepción integral.** Este modo de percibir la realidad interna y externa, va más allá de contemplar a la conciencia como la unidad de inteligencia-intuición, objetividad-subjetividad, secuencia-simultaneidad y análisis-integración. Es decir, la conciencia trasciende la suma de sus partes, liberándose de los condicionamientos de las sensaciones y pulsiones corporales, de las creencias, conceptos e ideologías propios del pensamiento racional, de los convencionalismos sociales externos y de los límites que el tiempo impone. Así, desde un silencio que va más allá de los números, de las palabras, de los símbolos, de los conceptos, de las imágenes, de las ideas, de los recuerdos, de los mitos y de las predicciones, la conciencia expandida percibe la realidad en su conjunto, sin dicotomías, sin polaridades, observándolo todo, escuchándolo todo, percibiéndolo todo sin tiempo, sin lenguaje, sin juicio crítico, en una palabra, sin la fragmentación que separa lo externo de lo interno, lo femenino de lo masculino, lo superior de lo inferior, lo objetivo de lo subjetivo y lo científico de lo místico que, entre otras, conforman las innumerables polaridades que constituyen las limitaciones propias de la conciencia individual.
- **Trasciende el tiempo y el espacio físico.** Como ya se ha mencionado, el tiempo lineal, la secuencia, la duración y la ubicación en un espacio físico determinado constituyen dimensiones de la conciencia individual por encontrarse ésta ubicada en el ámbito de la materia. La conciencia expandida o conciencia transpersonal, no está sujeta a estas dimensiones por encontrarse situada en el espacio infinito del espíritu.
- **Accede a estados alternos de conciencia.** Los estados de vigilia, sueño, ensoñación y dormir sin soñar propios de la conciencia individual se trascienden y la conciencia expandida se abre a otros planos en los que la pauta global del funcionamiento mental es diferente de la manera en que la mente funciona ordinariamente. Entre estos se encuentran: el estado de relajación y los estados meditativos, contemplativos y místicos que implican silenciar la mente racional. Es importante señalar que los estados alternos de conciencia se diferencian de estados alterados o anormales en que los primeros son integradores, tienden a la convergencia, a la unidad en la multiplicidad, a la trascendencia, a la transformación creadora, a la ultrahumanización y al despertar al Omega, mientras que los estados alterados o patológicos fragmentan la personalidad, son producto de agentes externos o de disfunciones bio-psicológicas, frecuentemente son el

resultado de la utilización exagerada y patológica de mecanismos de defensa, tienen un carácter egocéntrico, controlan al individuo y obstaculizan o, en algunos casos impiden, el proceso de desarrollo de la conciencia.

- **Permanece después de la muerte del cuerpo físico.** La residencia de la conciencia expandida no se sitúa en las dimensiones biológica y psicológica, sino en la dimensión espiritual que, en palabras de San Pablo, es el cuerpo pneumático que resucitará incorrupto después de la muerte.

A. Garza Galindo (1919) sostiene que con la muerte no se acaba todo. Si bien el vehículo físico se desintegra siguiendo un proceso semejante al que observamos a día a día. Diariamente hay un momento en que nuestra conciencia se eclipsa, nos dormimos y el mundo se acaba para nosotros. Pero al siguiente día nos damos cuenta de que aún vivimos y que conservamos nuestro cuerpo, nuestra mente, nuestros afectos y sentimientos. Sin embargo, todos los días, durante el sueño, el cuerpo físico deja de ser el vehículo de la conciencia porque aún cuando ésta subsiste a pesar del estado de dormir, no ha utilizado de manera consciente el cerebro para expresarse. ¿Dónde está la conciencia en esos momentos? Durante el sueño, el desmayo, la hipnosis profunda, la anestesia o el estado de coma, la conciencia cambia de vehículo. Cuando al estar dormidos, se sueña, la conciencia se encuentra en el vehículo psíquico, cuando duerme profundamente sin soñar, cuando se encuentra anestesiado, cuando se desmaya, cuando está bajo el efecto de la hipnosis profunda o se encuentra en estado de coma, la conciencia permanece en el vehículo del espíritu que es eterno.

Como ya se ha mencionado, Teilhard se refiere al Espíritu como el principio de unión, poder de síntesis y de sublimación de lo múltiple, el único que liga en sí y religa entre sí los elementos constitutivos del mundo. Constituye el sentido irreversible de la evolución universal, transformación en el curso de la cual la materia se interioriza y el estado superior es alcanzado en nosotros y a nuestro alrededor por la trama del Universo. En el mundo de los fenómenos, el espíritu no se manifiesta en estado puro, sino mediante un proceso de espiritualización. En el universo, plantea Teilhard, "... no existe más que Espíritu, en estados o grados diversos de organización o de pluralidad"¹¹. Esto no significa que el Espíritu se encuentra conformado por la confluencia de los "ego" humanos sino que de la síntesis de estos surgen nuevos centros como resultado del proceso de centro-complejidad. Sin embargo, apunta este pensador, solamente los núcleos reflexivos, por ser los únicos capaces de adherirse a Omega, representan la fracción irreversible del Universo espiritualizado.

- **Conduce al despertar de la conciencia, el Omega o Conciencia Trascendente.** Cuando el ser humano individual, a través de la conciencia

¹¹ Teilhard. 1967a. p. 119.

refleja llega a un nivel personal, el progreso no termina, ni se detiene, sino que continúa definiéndose en términos de colectividad, es decir, de centros de conciencia totalizados que se dirigen hacia el Punto Omega, contemplado como el núcleo personal de convergencia en el que el universo se refleja y en el que se resuelve el misterio de lo uno y de lo múltiple. Este misterio, desde la perspectiva teilhardiana, consiste en que esta convergencia de granos de conciencia no implica la unión-fusión de todas las conciencias. Es decir, no significa que éstas, como granos de sal, se funden y se disuelven en el mar, sino que se trata de una unión-diferencia, en la que las conciencias no se pierden sino que continúan existiendo como individualidades múltiples en una síntesis de centros que alcanzan en el Todo su máximo desenvolvimiento. Desde esta perspectiva, la aparición del hombre sobre la tierra, permite que la evolución siga su proceso cósmico. Gracias a él, la ascensión de conciencia -movida por el amor-, continúa más allá de sí misma hacia una síntesis ultrahumana, entendida ésta como el estadio evolutivo de la humanidad que planetizada y unanimitada se trasciende a sí misma en el plano afectivo y en el reflexivo, descubriendo cada vez más su centro Omega.

En este mismo sentido, Einstein, hombre de ciencia y de espiritualidad, consciente de su necesidad de saber más y de ser más, así como de su responsabilidad en el progreso universal, se expresa diciendo:

“El ser humano, es parte del todo al que llamamos universo, una parte limitada por el espacio y el tiempo. Él se experimenta a sí mismo, a sus pensamientos y sentimientos, como algo separado de todo lo demás - una especie de ilusión óptica de su propia conciencia. Esta ilusión es nuestra prisión, restringe nuestros deseos personales y nuestros afectos se limitan a aquellas pocas personas que se encuentran cerca. Nuestra tarea debe ser liberarnos de esa prisión a través de la expansión de nuestro círculo de compasión hasta abrazar todos los seres vivos y toda la naturaleza”¹².

Como ya se ha mencionado anteriormente, la conciencia humana tiende naturalmente hacia la unidad, hacia la fusión, sin confusión con la Conciencia de Unidad que por ser indefinible e inefable, solamente puede llegar a conocerse a través de la descripción de sus características, entre las que se encuentran:

- **Unidad total.** La Conciencia Trascendente libre de toda dualidad, interviene en todo lo que nace, en todo lo que muere, en todo lo que se transforma. En ella confluyen todas las cualidades divinas y todas las formas universales. Al despertar al ser que se es en esencia, la conciencia humana trasciende, por medio del milagro del encuentro con el yo, con el tú, con el nosotros, con los otros, con la comunidad humana entera, con la naturaleza y con el cosmos, abriéndose al encuentro con el Ser Esencial: Unidad Total, Alfa-Omega. Este encuentro conduce al hombre a descubrir, a conocer, a

¹² Einstein. 1934. p. 43.

comprender y a amar a los otros y a lo Otro y así, a descubrirse, conocerse, comprenderse y amarse, alcanzado con ello la sabiduría, que no es otra cosa más que despertar a la esencia. En ese momento todo se transforma en uno, la individualidad se torna universalidad, el micro y el macrocosmos se reúnen y la conciencia se descubre como totalidad. La diversidad se convierte en unidad y se resuelve en el misterio de lo Uno y de lo múltiple, concentración última de la noosfera y punto de convergencia natural de la humanidad, del cosmos total, que en palabras de Teilhard de Chardin significa, la reunión de Alfa y Omega, que se traduce como el “término de la maduración social y espiritual de la Tierra”¹³.

- **Atemporalidad, aespacialidad y eternidad.** Al carecer de opuestos y de dimensiones, la Conciencia trascendente no puede ubicarse en un tiempo ni en un espacio definido. Constituye el vacío en el que todo lo creado se encuentra contenido.
- **Sabiduría.** La Conciencia trascendente antecede y va más allá de todo conocimiento, todo principio, toda teoría y todo concepto. Es el conocimiento puro que se sabe a sí mismo. Es la Conciencia que, en su unicidad indivisible, se contempla a sí misma.
- **Amor Pleno.** Encuentro total con la esencia que en el vacío todo lo reúne y lo contiene. Nuestras vidas se encuentran conectadas a la fuente de energía vital, origen de la luz. En Él, somos seres radiantes. Energía luminosa, plenitud vital, misterio del amor que se devana entretejiendo hebras doradas en la rueda del alma.

A partir de esta óptica, se observa que la conciencia, siendo una e indivisible, tiene distintas maneras de manifestarse o, en otras palabras distintos vehículos de expresión: el corporal, el mental y el espiritual. En su evolución, se asemeja a una sinfonía en la que las notas individuales conforman un todo orgánico. Sus movimientos, contemplados como etapas evolutivas, conducen al Gran Final que consiste en el descubrimiento del Punto Omega, o dicho de otro modo, en el despertar a la Conciencia Trascendente. Esta, como ya se ha mencionado, es inherente al ser humano, es decir, va unida de forma inseparable a su esencia. Al no ser algo que se encuentra fuera sino en lo profundo del corazón humano, la Conciencia Trascendente no constituye un objeto externo que alcanzar, sino aquello a lo que se puede llegar a despertar o a descubrir. “Cada ser humano es en esencia un espíritu de luz, que participa y es con el Espíritu Supremo” dice San Juan evangelista.

Como se ha mencionado en el capítulo anterior, para Teilhard, el despertar a la esencia se da en el momento del abrazo amoroso con el Omega. Implica un acto de voluntad, una opción libre de entrega total; un acto de amor y de libertad consciente y responsable. En otras palabras, la entrega amorosa total que la conciencia realiza en el abrazo, desvela el misterio de la unidad y la multiplicidad y

¹³ Cuenot. 1970. p. 201.

permite a la conciencia comprender que en su principio está su final y en su final está su principio.

Me es difícil resistir la tentación de transcribir, en este espacio, lo que hace ochenta años escribiera mi abuelo sobre el origen y la evolución de la conciencia, por considerar que su pensamiento coincide plenamente con la visión humanista-transpersonal que fundamenta la propuesta evolutiva que aquí se plantea.

"La conciencia que nosotros hemos llamado humana, la hemos conquistado un día directamente de Dios; es su don eterno, no nació, ahí estaba, no tuvo principio. Lo único que hizo Dios fue enviárnosla como una especie de propiedad nuestra; pero de nada nos serviría sino tuviera vehículo de expresión, y ese vehículo de expresión está aquí para siempre, es nuestro cuerpo causal, el alma tiene otros vehículos; nuestro vehículo mental, nuestro vehículo afectivo-emocional y nuestro vehículo físico; cada uno de estos necesario para que podamos recibir experiencias, para que podamos ser conscientes en cada uno de estos planos o mundos del ser. Pero estas experiencias las vamos a llevar arriba, a nuestro cuerpo causal, en donde las vamos almacenando para siempre, por medio de nuestra vida en el mundo".¹⁴

A partir de esta visión integral de la conciencia, a continuación se presenta la respuesta que el humanismo transpersonal plantea en relación a las preguntas: ¿Cuál es el origen de la conciencia? ¿En qué consiste su proceso evolutivo? ¿Hacia adónde se dirige? ¿Cuál es su sentido y su significado en el proceso evolutivo del Cosmos?

Retomando el pensamiento de Teilhard y de Wilber, así como el del abuelo Agustín, se puede deducir que, a través del primer impulso Divino (Alpha) se crea el espíritu-materia. Este, en su proceso evolutivo y bajo la influencia de la ley de centro complejidad va dando origen a las formas más evolucionadas que se encuentran animadas por la vida. Así, el mundo progresa en calidad en cada una de las etapas de crecimiento hacia la unificación y así, se reconstruye en una pluralidad más amplia y en una síntesis más elevada. Este proceso, al que Teilhard se refiere como la "ley de recurrencia"¹⁵ en la cual las energías se repliegan sobre sí por la acción de un fenómeno en espiral, de enrollamiento y de convergencia que se observa en el campo de la materia (fisiosfera) la cual desde siempre tiene una historia y un proceso evolutivo; en el ámbito de la vida (biosfera) que emerge de las estructuras materiales y se despliega, se ordena y hace cada vez más compleja hasta transformarse en organismos con un sentido particular: reinos vegetal y animal. En este proceso, las formas más evolucionadas aparecen con los Prehomínidos: Pitecántropo de Java y Sinántropo, extrañas criaturas que si bien inteligentes aún no daban el salto hacia la reflexión, pasan por los Neandertaloides, hombres verdaderos con los que la red pensante se inicia, se

¹⁴ Garza Galindo. 1919. p. 30.

¹⁵ Teilhard de Chardin. 1967e. p. 63.

extiende y se comprime. Seres semejantes a nosotros, pero aún con caracteres primitivos que hacen que se encuentren muy lejanos del hombre moderno hasta llegar al complejo “Homo Sapiens” -al final de la era Cuaternaria- en quien se describen ya los elementos esenciales de la humanidad actual: un pensamiento definitivamente liberado, el despliegue del arte y de rituales religiosos, el placer de crear, el sentido de la observación y el gusto por la fantasía, todo ello como manifestación de una conciencia reflexiva que surge con la emergencia de la noosfera. La historia prosigue con el Neolítico, edad crítica y solemne en la que nace la civilización. Así, en el curso de la evolución, se llega a los tiempos modernos a los que Teilhard se refiere como prolongaciones del Neolítico que, en su proceso, sufren diferenciaciones y complejidades progresivas por la influencia de los factores psíquicos que empiezan a predominar de una manera franca sobre las variaciones, cada vez más amortiguadas, de los factores somáticos. Desde entonces vemos brotar, en primer plano las dos series de efectos que hemos anunciado más arriba, al describir en sus grandes líneas los andares de la Hominización”¹⁶. Estas líneas son: la primera, la aparición de las unidades políticas y culturales, de las uniones económicas y de las creencias religiosas y, la segunda, la manifestación de las fuerzas de alianza, asociación y de confluencia que constituyen “Todo un juego conjugado de divergencias y convergencias”¹⁷.

Desde esta perspectiva, se observa que, en su dinamismo, la conciencia poco a poco y de edad en edad, ha gestado la vida, ha ampliado el cerebro y ha transformado el valor moral de nuestros actos a través de la fidelidad a la libertad de unirse al bien conocido y de optar por ser, sabiendo que esta opción repercute sobre miríadas de siglos y de seres. Elegir entre el ser y el no-ser define la marcha del Universo hacia el Núcleo trascendente en el que converge la historia, en el que el universo culmina y el espíritu de la Tierra se realiza, se actualiza como Espíritu, principio de unión, poder de síntesis y de sublimación de lo múltiple en el que la conciencia se universaliza uniéndose al Omega, Centro personal de convergencia, en el que converge la historia y en el que el universo culmina. La tendencia natural del ser humano hacia una mayor conciencia le conduce a un estado final en el que la humanidad se configura en algo más que un sólo sistema extremadamente complejo y centrado que trasciende las individualidades y se dirige hacia el florecimiento de su coherencia espiritual. Es decir, la evolución no termina con la emergencia de la noosfera, sino avanza más allá de los siglos y continúa con la historia de la humanidad a través de un proceso dialéctico¹⁸ en el devenir de la evolución humana. Con base en la lectura que Teilhard y Wilber hacen del pasado, se atreven a leer la construcción del porvenir. Ambos consideran que la humanidad conserva en sí misma un potencial formidables de concentración, es

¹⁶ Ibid. p. 250.

¹⁷ Ibid. p. 251.

¹⁸ La dialéctica teilhardiana introduce la metafísica, a la que él prefiere llamar ultrafísica, y la mística, la síntesis de la materia-espíritu, de la immanencia-trascendencia, de lo Uno y lo múltiple, de lo personal y lo universal, de lo exterior y lo interior. Asimismo, designa un proceso de conocimiento que va de lo menos a lo más conocido y presenta el retroceso o redescenso a lo que ya se conoce, para así llegar a resurgir inmediatamente hacia una comprensión más profunda de lo desconocido.

decir de progreso. Asimismo, coinciden al sostener que la Tierra está muy lejos de haber terminado su evolución sideral. Pero el progreso no se hará solo, debido a que depende del valor y de la habilidad que los seres humanos muestren en vencer las fuerzas de aislamiento o incluso de repulsión que parecen alejar a los unos de los otros en lugar de aproximarlos. Cuando el ser humano, al fin consciente de la integridad cósmica de su trayectoria, es decir de sus conexiones y de su responsabilidad universales, descubre un Centro del cual todos formamos parte. Cuando lo que mueve a una persona es el deseo apasionado de creer, de ser, de realizarse en el encuentro, así como cuando de centro a centro las unidades humanas se unifican en un amor mutuo común, todo se unifica, todo se ilumina, todo se impregna de un sabor esencial de absoluto, todo se ilumina y se anima de una irradiación de presencia y de amor que emana del Punto Omega, Polo supremo de personalización, que mantiene y alimenta las afinidades mutuas de las individualidades en vías de convergencia. Por consiguiente, la socialización es tan sólo un signo visible, de esta convergencia espiritual y constituye el umbral hacia un nuevo estado del hombre, en el que se enriquecen las libertades, se expanden las conciencias y se da testimonio de su vocación más elevada. Desde esta perspectiva, las crisis que actualmente y en todo momento enfrenta el ser humano, son tan sólo manifestaciones de una toma de conciencia tanto de lo que se es capaz, de las potencialidades que se poseen, como de lo que aún hace falta para llegar convertir al hombre de simple espectador, a actor consciente y responsable de la Evolución.

El fin de la historia que presenta tanto Teilhard como Wilber, nos responde la pregunta sobre cuál es el sentido y el significado de la conciencia en el proceso evolutivo del cosmos. La última etapa de este proceso es aquella en la que el hombre, dueño y señor de su opción fundamental, y como resultado de su fidelidad colectiva a un ideal absoluto de amor, por ser éste el que "forma y formará cada vez más, en estado puro, la trama de la Energía humana"¹⁹, llega a un orden superior que tiene por naturaleza no poder ser inmovilizado ni recludo en sí mismo. Teilhard expresa este pensamiento diciendo: "... la humanidad llegada a feliz término e incapaz de toda síntesis ulterior, y sin embargo más hambrienta que nunca de absoluto y de eternidad, estará preparada entonces para atravesar los bastidores experimentales del tiempo y del espacio... para evadirse por alguna parte, hacia un ultracentro de unificación y de consistencia donde se encuentre definitivamente recogido, globalmente y en detalle, todo lo irremplazable y lo incomunicable del Mundo. ¡Dichoso el Mundo que acabará en el éxtasis!"²⁰.

Apropiándonos del pensamiento del abuelo se puede decir que la aparición de la noosfera hace descender sobre las formas superiores de vida la chispa divina y, es así, cuando aparece el hombre quien, en su elevación espiritual continua, en su progreso infinito irá gradualmente identificándose con Dios hasta llegar, conservando su conciencia, a unirse a Él, fuente de su origen. "En consecuencia, este último elemento, la chispa divina, era el que nos faltaba para constituir al

¹⁹ Teilhard. 1967e. p. 158.

²⁰ Rideau. 1968. p. 106.

hombre. ¿Qué cosa no es Dios, si hemos visto que la vida divina está en todo, en el espacio y en el átomo, que ha hecho todas las formas merecedoras de conciencia y que por medio de esa conciencia permite que se eleven, que se purifiquen hasta llegar a Él?²¹.

Referencias Bibliográficas.

- Capra, F. (1983). *Journeys Beyond space and time. in the turning point: Science, Society and The Rising Culture*. York: Bantam.
- Cuénot, Claude. (1970). *Nuevo léxico, de Teilhard de Chardin*. Madrid: Taurus.
- Diccionario Enciclopédico Quillet, (8 Tomos) Aristedes Quillet, Argentina, 1960, Tomo III, pp. 6-7.
- Einstein, A. (1934). *On scientific truth*. En *Essays in Science*. Nueva York. Philosophical Library.
- Garza Galindo, A. (1919). Conferencia. *Sociedad Mexicana de Teosofía*. (Inedita). p. 30.
- González Garza, A.Mª. (1993). *Espiral de vida y trascendencia*. *Espiral*. México: Boletín de la Asociación Mexicana de Desarrollo Transpersonal. No. 0. Otoño.
- González-Garza, A. Mª. (2005). *Colisión de Paradigmas: Hacia una psicología de la conciencia unitaria*. Barcelona: Kairós.
- Groff, S. (1985) *Beyond The Brain: Birth, death and transcendence in psychotherapy*. *Humanistic Psychologist*. 13, 11.
- Frankl, V. (1980). *Ante el vacío existencia*. Barcelona: Herder.
- Koestler, A. 1967. *The Ghost in the Machine*. Nueva York: Henry Regnery.
- Neumann, E. (1973). *The origins and history of consciousness*. Princeton: Princeton Univ.
- Rideau, E. (1968). *El pensamiento de Teilhard de Chardin*. Barcelona: Ediciones Península.
- Talbot, M. (1990). *Misticismo y Física Moderna*. Barcelona: Kairós.
- Tart, Ch. (1990). *El despertar del "self"*. Barcelona: Kairós.
- Teilhard de Chardin, P. (1967). *El fenómeno humano*. Madrid: Taurus.
- Teilhard de Chardin, P. (1965). *La activación de la energía*. Madrid: Taurus. (1a. Ed.)
- Teilhard de Chardin, P. (1967c). *La Activación de la energía*. Madrid: Taurus.
- Teilhard de Chardin, P. (1967e) *La Energía Humana*. Madrid:Taurus
- Wilber, K. (1982). *El estado de conciencia absoluta*. En: *La experiencia Mística*. A. Huxley, A. Maslow, R. Bucke, et.al. Barcelona, Kairós.

²¹ Garza Galindo. 1919. p. 30.